

del vago estremecimiento de las cosas, de las voces murmuradoras, de los juegos movientes de la noche, de todo lo que sentía que la rodeaba y estrechaba, hasta hacerla desfallecer. Y le parecía verle á dos pies de la tierra, sobrenatural como una aparición, rodeándole por todas partes el milagro, y flotando en el lago misterioso de la luna. Tenía por escolta el pueblo entero de la *Leyenda*, los Santos cuyos palos florecen, y las Santas por cuyas heridas brota leche. Y el vuelo blanco de las vírgenes hacía palidecer las estrellas.

Angélica le miraba, y él levantó los brazos, y se los tendió abiertos.

No por esto se asustó Angélica, y le miró sonriendo.



V

Era cosa importante la colada que cada tres meses hacía Aubertina; había que alquilar una mujer, la señora Gabet, y durante cuatro días nadie se acordaba de bordar. La misma Angélica tomaba parte en ella, divirtiéndola el enjabonar la ropa y lavarla en la clara corriente del Temblón. Después de la colada se tendía la ropa en el Cercado de María, pasando por la puertecilla de comunicación. Allí pasaban el día, al aire libre y bañadas por el sol.

—Madre, ahora voy á lavar yo. Esto me divierte mucho.

Y riéndose á carcajada tendida, remangado el vestino hasta los codos, blandía la paleta y daba con toda su alma, llena de la alegría y de la salud del rudo trabajo que la salpicaba de espuma.

—Esto me fortalece los brazos y me hace mucho bien, madre.

El Temblón cortaba el Cercado diagonalmente: por un lado, dormido y silencioso; más allá muy rápido, formando torbellinos en una pendiente pedregosa. Salía del jardín del Palacio episcopal por una especie de vano abierto al pie del muro, y desaparecía al otro extremo del Cercado, en el ángulo del hotel Voineourt, por una especie

de túnel hondo, y se perdía bajo tierra para reaparecer doscientos metros más abajo, á lo largo de la calle Baja, hasta el Ligeneul, donde desaguaba. Esto hacía que hubiese que vigilar mucho la ropa, porque, ya se sabía: pieza que caía, por más que se acudiese, era pieza perdida.

—Madre, espere; voy á poner esta piedra sobre las servilletas. Veremos si así se las lleva el ladronzuelo.

Dejaba la piedra y volvía á arrancar otra de los escombros del molino, encantada y feliz con cansarse y moverse. Cuando se daba en un dedo, lo movía y decía que no era nada. Durante el día, la familia de pobres que se albergaba en las ruinas se iba á mendigar, desbandándose por los caminos. El Cercado quedaba solo, con una soledad fresca y deleitable, con sus grupos de sauces pálidos, sus altos olmos y su maleza, sobre todo, la hierba desbordante y tan lujuriosa que llegaba hasta los hombros.

De los dos jardines vecinos, cuyos altos árboles oculaban el horizonte, venía un silencio lleno de estremecimientos. A las tres, la sombra de la Catedral comenzaba á prolongarse en medio de un dulce recogimiento, con un perfume evaporado de incienso.

Y Angélica golpeaba la ropa con más fuerza, con toda la que podían sus brazos frescos y blancos.

—¡Madre, madre! ¡Cómo voy á comer esta noche! ¡Ah! Y recuerde usted que me ha prometido una tarta de fresa.

Para aquella colada, el día de aclarar la ropa, Angélica estuvo sola. La señora Gabet sufrió un ataque repentino de reuma, y no fué, y Hubertina estuvo todo el día ocupada con los menesteres de la casa. Arrodillada en el cajón lleno de paja para evitar la humedad, la joven cogía una por una las piezas de ropa y las sacudía un buen rato en el agua hasta que ésta adquiría su transparencia cristalina. No se daba prisa; sentía desde la mañana inquieta curiosidad, sorprendida al ver un tra-

bajador viejo, con una blusa gris, que armaba un ligero andamio junto al ventanal de la capilla de Hauteœur. ¿Iban á recomponer la vidriera? Bien lo necesitaba: á San Jorge le faltaban algunos vidrios pintados, y otros, rotos con el transcurso de los siglos, habían sido reemplazados por vidrios sin pintar. Sin embargo, la cosa la irritaba; tan acostumbrada estaba á ver las lagunas del Santo atravesando el dragón de parte á parte y la hija del Rey arrastrando al monstruo con su cinturón, que ya les lloraba, como si fuesen á mutilarles. Era como un sacrilegio el cambiar cosas tan antiguas. De pronto, cuando volvió de almorzar, desapareció su cólera; había en el andamio otro trabajador, joven, y también con blusa gris. A éste le reconoció en seguida. Era él.

Alegremente, sin sentirse turbada, Angélica volvió á su sitio, arrodillándose en la paja del cajón. Luego, con los brazos desnudos, se puso á aclarar la ropa en la corriente cristalina. Era él: alto, delgado, rubio, de barba fina, los cabellos ensortijados de dios joven, y con la piel tan blanca como la había visto á la blanca luz de la luna.

Siendo él, la vidriera nada tendría que temer; si la tocaba, la embellecería. No sintió desilusión alguna viéndole con aquella blusa, sin duda trabajador como ella, pintor vidriero.

Al contrario, esto le hacía sonreír, llena como estaba de la absoluta certidumbre de su ensueño de fortuna real. Todo ello era apariencia. Una mañana aparecería tal vez cómo debía de ser. Una lluvia de oro brotaba del cimborrio de la Catedral; estallaba á lo lejos, entre el gruñir de los órganos, una marcha triunfal. Ni siquiera se preguntaba que caminos tomaba para estar allí, de día y de noche. A no ser que viviese en una de las casas vecinas, no podía pasar más que por la callejuela de Guardaches, que serpeaba por las paredes del Palacio episcopal hasta la calle Magloire.

Entonces transcurrió una hora llena de encanto. Angélica se inclinaba, sacudía la ropa casi tocando con la

cara el agua fresca; pero á cada pieza levantaba la cabeza y echaba una ojeada, en la que, á través de la turbación de su corazón, asomaba algo de malicia. En cuanto á él, en el andamio, muy ocupado al parecer en estudiar el estado de la vidriera, la miraba de lado, muy molesto en cuanto ella le sorprendía mirándola. Era cosa sorprendente verle ruborizarse en seguida, tornándose repentinamente en roja su tez blanquísima. Tenía ojos enérgicos; pero era tan tímido, que cuando notaba que le miraba se transformaba en niño, no sabía que hacer de las manos, y daba órdenes balbucientes al trabajador viejo. En cuanto á Angélica, junto al arroyo, cuyas aguas turbulentas le refrescaban los brazos, lo que la alegraba era adivinarle inocente como ella, ignorándolo todo, pero con la pasión golosa de gustar de la vida. No hacía falta que nadie se lo dijera; mensajeros invisibles se lo decían, y bocas mudas lo repetían. Alzaba la cabeza, le sorprendía volviendo la suya, y se deslizaban así los minutos. Era delicioso.

De pronto le vió que bajaba del andamio, y luego andaba hacia atrás, á través de la maleza, como para tomar mayor espacio, y coger el punto de vista. Angélica estuvo á punto de echarse á reír: tan evidente era que no trataba más que de acercarse á ella! Para saltar del andamio había adoptado la decisión fosca del hombre que lo arriesga todo, y lo divertido y conmovedor era verle parado á corta distancia, dándole la espalda, no atreviéndose á volverse, con el mortal embarazo de su acción demasiado viva. Un momento creyó que volvería á la vidriera, como había venido, sin echar una ojeada hacia atrás; pero de pronto le vió tomar una resolución enérgica, volverse, y como precisamente Angélica levantaba la cabeza con su sonrisa maliciosa, sus miradas se encontraron y se cruzaron. A entrambos les produjo esto gran confusión, perdieron la serenidad, y no hubieran acabado de volver en sí, si no hubiese ocurrido un incidente dramático.....

—¡Ay, Dios mío! gritó Angélica desolada.

En su emoción, la camisa que aclaraba con mano delicada, se le había escapado, y el arroyo se la llevaba con rapidez. Un momento más, y desaparecía en el rincón de la pared de Voincourt, bajo el túnel donde se engolfaba el Temblón.

Transcurrieron unos segundos de angustia; pero el joven se había hecho cargo, y se precipitó. Ya la corriente se hinchaba sobre los guijarros, y la condenada camisa iba más de prisa que el joven, que se inclinaba, creía cogerla y no estrechaba más que un puñado de espuma. Por dos veces la erró; al fin, excitado, con el aire decidido del que se lanza á algo con peligro de la vida, saltó al agua y pescó la camisa en el instante en que iba á desaparecer.

Angélica, que hasta entonces había seguido con ansiedad todas las operaciones del salvamento, sintió retozar la risa. La aventura que tanto soñara; el encuentro á orillas de un lago; el peligro horroroso de que la libraría un joven más hermoso que el día; San Jorge, el tribuno, el guerrero, no era más que aquel pintor vidriero, con blusa gris. Cuando le vió acercarse con los pantalones empapados en agua, y en la mano la camisa, que chorreaba, con gesto torpe, comprendiendo lo ridículo de la pasión que el joven había mostrado por salvarla de la corriente, tuvo que morderse los labios para contener el estallido de la risa, que la retozaba en la garganta.

El, en cambio, se olvidaba de todo, mirándola. Era adorable, de candor infantil, con aquella risa que contenía y que vibraba en toda su juventud. Salpicada de agua, los brazos helados por la corriente, oía á pureza, á la limpidéz de las fuentes vivas que brotan entre el musgo del bosque. Era la salud y la alegría, á la clara luz del sol. La veía que era hacendosa, á la vez que reina, con su falda de trabajo, el talle esbelto, la cara larga, de hija de rey, como las que pasan en el fondo de las leyendas.

Así, se quedó parado, sin saber como devolverle la ropa; tan hermosa la hallaba, con la belleza artística que él amaba; y lo que más le desesperaba era comprender que tenía el aire muy inocente, viendo muy bien el esfuerzo que hacía ella para no reírse. Al fin se decidió; y la entregó la camisa.

Entonces Angélica comprendió que si despegaba los labios iba a soltar la risa. ¡Pobre muchacho! La impresionaba mucho, pero era una cosa irresistible; se sentía tan feliz, que sentía necesidad de reír, de reír a carcajada tendida....

Al fin creyó que podía hablar, y dijo sencillamente:

—Gracias, señor.

Pero volvió la risa, que la hizo tartamudear y la cortó la palabra. Resonó la carcajada, una verdadera lluvia de notas sonoras, que cantaban, con el acompañamiento cristalino del Temblón.

En cuanto á él, desconcertado, no supo que decir. Su cara, blanquísima, enrojeció de pronto, sus ojos, de niño tímido, llamearon como ojos de águila. Se fue y desapareció con el trabajador viejo, en tanto que ella se reía, inclinada sobre el agua clara, salpicándose con el sacudir de la ropa, en medio de la dicha deslumbrante de aquel día.

Al siguiente, muy temprano, empezó la operación de tender la ropa, que en un montón goteaba desde la visera. Precisamente se había levantado un viento fuerte que ayudaba la operación. Y para que no se llevase la ropa hubo que sujetarla con piedras en los cuatro ángulos de cada pieza. Toda la colada estaba allí extendida, blanquísima entre la verde hierba, oliendo al áspero perfume de las plantas, y parecía que el prado hubiese repentinamente florecido con grandes manchas nevadas de margaritas.

Cuando después del almuerzo Angélica fue á dar una mirada, se desesperó; la colada entera parecía que iba á

volar al impulso del viento que la sacudía fuertemente, bajo el cielo azul de una limpidez viva, como si le hubiesen barrido las grandes oleadas del aire. Ya se habían escapado unos trapos, y unas toallas se habían prendido en las ramas de un sauce. Recogió las toallas, pero detrás de ellas volaron unos pañuelos. ¡Y no había nadie! Se quedó aturrida. Quiso extender una sábana, y tuvo que luchar; pero era vencida, y la sábana la envolvió con el chasquido de una bandera que flota al viento.

En medio del ruido oyó una voz que decía:

—Señorita, ¿quiere usted que la ayude?

Era él, y en seguida Angélica gritó, no pensando más que en la ropa:

—¡Ya lo creo! Ayúdeme usted. Tome usted el otro extremo y sosténgalo firme.

La sábana, que estiraba con sus brazos sólidos, batía como una vela. Luego la pusieron sobre la hierba y colocaron en las cuatro puntas cuatro piedras grandes. La sábana al fin fue vencida, pero ellos no se movieron, arrodillados en los dos extremos, separados por la pieza de tela, deslumbrante de blancura.

Angélica acabó por sonreír, pero sin malicia, como dando gracias. El otro se atrevió.

—Yo me llamo Feliciano.

—Y yo Angélica.

—Soy pintor de vidrieras, y me han encargado recomponer aquella....

—Yo vivo ahí con mis padres, y soy bordador.

El viento se llevaba sus palabras; les azotaba con su viva pureza en el caliente sol que les bañaba. Se decían cosas que ya sabían, solo por el gusto de decirselas.

—¿No van á sustituir por otra la vidriera?

—No, no. Ni siquiera se notará la compostura. A esta vidriera la quiero casi tanto como á usted.

—Es cierto; yo la quiero. ¡Es tan dulce de color! Yo he bordado un San Jorge, pero no era tan hermoso.

—¡Oh! no tanto.... Es mucho decir: Lo he visto: es el San Jorge de la casulla de terciopelo rojo que llevaba el padre Cornille el domingo último. Una maravilla.....

Angélica enrojeció de gusto, y le gritó bruscamente: —Ponga usted una piedra en ese extremo: otra á la izquierda; si no, el viento se nos la lleva otra vez.

Feliciano se apresuró á aprisionar por aquel lado la sábana, que había tenido como una gran palpitación, el batir de alas de un pájaro prisionero que trata de volar. Como ya no se movía, se levantaron, y mientras ella andaba por los estrechos senderos entre la hierba, echando una mirada aquí y allá á la ropa, él la seguía muy afanoso, con el aspecto al parecer muy preocupado por la posibilidad, de que se perdiera un delantal ó una rodilla. Parecía una cosa muy natural, y Angélica seguía hablando, contando lo que hacía y explicando sus gustos.

—Yo quiero que todas las cosas estén en su sitio. Por la mañana, el reloj de cuco del taller me despierta, siempre á las seis, y aunque esté oscuro, me lavo y visto en un verbo: las medias aquí, el jabón allí, es una verdadera manía. No es que haya nacido así, al contrario; era muy atolondrada. ¡Las veces que ha tenido que refirme mi madre! Luego, en el taller no haría cosa de provecho si mi silla no estuviese siempre en el mismo sitio, de cara á la luz. Por fortuna no soy zurda, ni tampoco me valgo sólo de la derecha, y así bordo con las dos, lo cual es una ventaja, y no lo saben hacer todas. Lo mismo me sucede con las flores, que me gustan; pero en cuanto tengo un ramo cerca, siento unas terribles jaquecas. Sólo resisto el olor de las violetas, y, lo que es más raro, su perfume me sosiega. En cuanto siento malestar, no tengo que hacer más que respirar violetas y me encuentro aliviada.

Feliciano la escuchaba arrobado, embriagado por e timbre de su voz, que tenía un profundo encanto, pro-

longado y penetrante, y sin duda era muy sensible á esta música humana, porque la inflexión cariñosa de algunas sílabas le humedecía los ojos.

—Vamos, dijo Angélica interrumpiéndose. Las camisas casi ya están secas.

Luego prosiguió sus confidencias, en la necesidad ingenua é inconsciente de darse á conocer.

—El blanco es siempre hermoso. ¿No es ésto?

Algunos días me canso del azul, y del rojo, y de todos los colores: en cambio el color blanco me da una alegría completa que no me cansa nunca. Nada en él hiere, y quisiera una perderse en él. Nosotros teníamos un gatito blanco con manchas amarillas: yo se las pinté, pero no duró la pintura, y eso que estaba muy bien. Otra cosa que no sabé madre: guardo todas las sobras de seda blanca y tengo un cajón lleno, por nada, por gusto de mirarlas y tocarlas de vez en cuando. Y luego tengo otro secreto: ¡ah! éste sí que es gordó. Cuando me despierto por las mañanas, cerca de mi cama hay alguien, sí; una blancura que desaparece en cuanto abro los ojos.

Feliciano no se sonrió, y pareció como que la creía firmemente. ¿No era, por ventura, una cosa natural? Una reina rodeada de las magnificencias de su corte no le hubiera conquistado más rápidamente. En medio de toda aquella ropa blanca y andando entre la verde hierba tenía un aspecto gracioso, alegre y soberano, que le hería en el corazón, estrechándosele más y más. Era cosa hecha: no había en el mundo más que ella, y la seguiría hasta el fin de la vida. Angélica continuaba andando con su paso corto y rápido, y él seguía, siempre detrás, atolondrado por dicha tanta, sin la esperanza de alcanzarla.

Pero sopió muy fuerte el viento, y una bandada de ropa menuda, puños y cuellos de percal, pañuelos y chambras de batista, levantóse y cayó á lo lejos, como una bandada de pájaros blancos abatidos por la tempestad.

Angélica echó á correr.

—¡Ay, Dios mío! Venga usted ayúdeme!

Los dos se precipitaron: Angélica pescó un cuello en el mismo borde del Temblón; Feliciano cogió dos chambras en medio de las altas ortigas.

En su carrera, á todo escape, por tres veces Angélica le había rozado con los pliegues de su falda, y cada vez había sentido Feliciano una sacudida en el corazón y la cara enrojecida. A su vez la rozó al saltar para coger el último pañuelo que se le escapaba, y ella quedó inmóvil; ahogándose. Turbación extraña ahogaba su risa; ya no reía, ni se burlaba del muchacho inocente y torpe. ¿Qué era aquello que sentía que la hacía perder la alegría y desfallecer en medio de angustias deliciosas? Cuando Feliciano le alargó el pañuelo, sus manos casualmente se encontraron; estremecieronse y se miraron, sin saber que decir. Angélica retrocedió con viveza y se estuvo algunos segundos parada, sin saber que hacer ante aquella catástrofe extraordinaria que le sucedía: de pronto, despavorida, echó á correr, los brazos llenos de ropa, dejando el resto.

Entonces Feliciano quiso hablar.

—Por favor.... se lo pido....

El viento redoblaba y le cortaba la palabra.

Desesperado, mirábala correr, como si se la llevase el viento, corriendo, corriendo siempre entre la blancura de los trapos y las sábanas, bañada por el oro pálido del sol que caía oblicuamente. Parecía que la sombra de la Catedral la tomaba por suya, y estaba ya á punto de entrar en su casa por la puertecita del jardín, sin volver la vista atrás, cuando en el dintel volvióse vivamente, presa de un arranque de súbita bondad, no queriendo que se figurase que estaba incomodada, y le gritó:

—Gracias, gracias.

¿Era por haberla ayudado á recoger la ropa, ó era por otra cosa? Desapareció, y la puerta se cerró tras ella.

Quedóse solo en medio del campo, entre las grandes ráfagas regulares que soplaban, vivificándolo todo: el cielo era purísimo; los olmos del Palacio episcopal se mecían con

un prolongado rumor de borrasca, y una voz fuerte le llamaba á través de las azoteas y los botareles de la Catedral; pero no oía más que el chasquido ligero de un gorrito atado á un ramo de lilas, como un ramo blanco, y que era de Angélica.

Desde aquel día, siempre que Angélica abría la ventana, veía á Feliciano en el Cercado de María; como tenía el pretexto de la vidriera, allí pasaba los días enteros, sin que el trabajo adelantase nada. Durante largas horas se estaba detrás de un matorral, tendido sobre la hierba, acechando entre las hojas. Y era muy dulce poder cambiar una sonrisa mañana y tarde. Angélica, feliz, no pedía más; no había de haber colada hasta tres meses después, y la puerta del jardín permanecería cerrada hasta entonces; pero viéndose diariamente, tres meses pasarían pronto; y luego, ¿había dicha mayor que vivir así, esperando durante el día la mirada de la tarde, esperando toda la noche, la mirada de en la mañana?

En su primer encuentro, Angélica lo había dicho todo: sus costumbres, sus gustos, los secretitos de su corazón. En cambio él, silencioso, se llamaba Feliciano, y Angélica no sabía nada más. Quizá las cosas tenían que suceder así: dándose la mujer por entero, reservándose el hombre y ocultándose en lo desconocido. No es que tubiese prisa para saber: sonreía, por el contrario, ante la idea de las cosas que se habían de realizar con toda seguridad. Nada sabía de él; y, sin embargo, le conocía hasta el punto de leer sus pensamientos en su mirada. Había llegado: le había reconocido, y se amaban.

Entonces empezaron á saborear deliciosamente aquella posesión á distancia. Eran de continuo nuevos embalesos, ante los descubrimientos que realizaban. Angélica tenía las manos largas, con los dedos un poco estropeados por la aguja; y él las adoró. En cambio, Feliciano tenía los pies pequeños, y esta pequeñez la llenó de orgullo: todo lo de él la halagaba y le estaba agradecida de que fuese hermoso; sintió una alegría violenta.

ta el día en que observó que el color rubio de la barba era un poco más oscuro que el del cabello, lo cual daba á su risa una gran dulzura. El, en cambio, se marchó loco de embriaguez una mañana en que ella se había inclinado, y vio en su cuello delicado un lunarcito. De este modo su corazón se ponía al desnudo, y así hacían descubrimientos deliciosos; desde luego la manera ingenua y altanera que tenía Angélica de abrir la ventana, indicaba que, á pesar de su condición de bordadorcilla, tenía el alma de reina. Del mismo modo Angélica sintió que olía bien, viendo el paso ligero que cruzaba por la hierba. Era á su alrededor toda una irradiación de cualidades y de gracias, en aquella hora bendita de su primer encuentro. Cada entrevista tenía un encanto nuevo, y les parecía que nunca agotarían aquella felicidad de verse.

A todo esto Feliciano empezó a dar algunas muestras de impaciencia, ya no permanecía largas horas tendido al pie de un matorral, en la inmovilidad de una felicidad absoluta. En cuanto Angélica aparecía y se asomaba al balcón, empezaba á sentirse inquieto y trataba de acercarse á ella, y ésto la molestaba un tanto, temiendo que alguien le viese. Un día regañaron porque él se acercó tanto á la pared, que ella tuvo que dejar la ventana. Fué una catástrofe que le trastornó de tal modo, con la cara tan llena de sumisión y de súplica, que perdonó al día siguiente y se asomó á la hora de costumbre. Pero no le agradaba esperar, y volvió á las andadas; ahora parecía que estaba á la vez en todos los sitios del Cercado de María, que llenaba con su fiebre; salía de detrás de cada tronco de árbol: aparecía encima de cada grupo de zarzas. Como los pájaros de los grandes olmos, debía de tener su nido por aquéllos alrededores, entre dos ramas. El Temblón era un pretexto para vivir allí inclinado sobre la corriente, haciendo como que seguía el vuelo de las nubes. Un día le vió entre las ruinas del molino, de pie sobre el techo de un medio hun-

dido cobertizo; feliz con haber subido un poco, y pesadoso de no poder volar hasta ella. Otro día ahogó un grito viéndole á más altura que ella, entre las ventanas de la Catedral, en la azotea de la capilla del coro. ¿Cómo había podido subir á la galería, cerrada con llave, que guardaba el bedel? ¿Y cómo otras veces le hallaba en pleno cielo, entre los botareles de la nave y los pináculos de los contrafuertes? Desde aquellas alturas hundía la mirada hasta el fondo de su cuarto, como las golondrinas que revoloteaban entre las puntas de los botareles, y la veía sin que á ella se le ocurriera esconderse. Desde aquel día se ocultó, sintiendo creciente turbación al verse invadida de tal modo, siendo siempre dos. Si ella no tenía prisa alguna, ¿por qué su corazón latía con tal fuerza, como la campana mayor el día de las grandes fiestas?

Pasaron tres días sin mostrarse Angélica, cada vez más asustada de la creciente audacia de Feliciano. Juraba no volverle á ver y trataba de odiarle; pero él le había comunicado, sin duda, algo de su fiebre impaciente, porque no sabía estar en el mismo sitio, y todos los pretextos le parecían buenos para dejar la casulla que bordaba. Y sabedora de que la señora Gabet guardaba cama, en la mayor miseria, fué á visitarla todas las mañanas. Vivía en la misma calle de los Plateros, tres puertas más abajo. Le llevaba caldo y azúcar, y se llegaba á buscar las medicinas á la botica de la calle Mayor. Pero un día, al volver con las manos llenas de frascos, se encontró con la sorpresa de hallar á Feliciano á la cabecera de la enferma; se puso muy colorada, y se escapó de cualquier modo. Al día siguiente, al marcharse Angélica, se presentó nuevamente, y tuvo que dejarle el sitio, muy descontenta. ¿Era que trataba ahora de impedir que visitase á sus pobres? Precisamente era entonces presa de una de aquellas crisis de caridad que le hacían darlo todo á los que nada tenían y en que todo su ser se llenaba de fraternidad compa-

siva ante la idea del sufrimiento. Corría á casa del tío Mascart, un ciego paralítico que vivía en la calle Baja, y al cual ella misma daba de comer el plato de sopa que le llevaba; á casa de los Choteau, marido y mujer, dos viejecitos de noventa años que vivían en el sótano de la calle Magloire, donde llevó muebles viejos que sacó de la guardilla de su casa, y á casa de otros y otros, á casa de todos los desgraciados del barrio, á los cuales llevaba escondidas cosas mil, dichosa con sorprenderles y verles llenos de alegría ante las sobras del día anterior. Y ahora en casa de todos ellos se tropezaba con Feliciano. Nunca le había visto tanto como ahora, en que, por miedo á verle, no se asomaba á la ventana. Crecía su turbación, creyendo estar muy enojada.

Lo peor de todo era que Angélica llegó á desesperar de su misma caridad; aquel muchacho le destruía la alegría de ser buena. Antes quizá él tenía algunos pobres; pero esos no, porque no les había visitado nunca; de modo que debía haberla espiado y subir tras de ella para conocerlos y quitárselos uno por uno. Ahora, siempre que llegaba á casa de los Chateau con su cestito lleno de provisiones, se encontraba con menedas de plata sobre los muebles. Un día que fué á llevar cincuenta céntimos, todos sus ahorros de una semana, al tío Mascart, que siempre se quejaba de su miseria á fin de sacar para tabaco, le encontró rico con una moneda de cuatro duros, reluciente como el sol. En fin, una noche que fué á ver á la señora Gabet, ésta le pidió que bajase á cambiarle un billete de Banco. Se sintió muy triste al ver su impotencia y su falta de dinero, mientras que él vaciaba su bolsa tan fácilmente. Desde luego se alegraba de la cosa por sus pobres, pero ya no tenía dichas que dar; se sentía triste por tener tan poco que dar, cuando había quién daba tanto. El, torpe no se enteraba, creía conquistarla, y cedía á la necesidad de dar mucho, redoblando su caridad y destruyendo el

efecto de sus limosnas. Sin contar con que Angélica tenía que sufrir los elogios que los pobres hacían de él: ¡un joven tan bueno, tan dulce y tan bien educado! No hablaban más que de él y ostentaban sus donativos como si despreciasen los de ella. A pesar de su juramento de olvidarle, les preguntaba por él: ¿qué había dejado, qué había dicho? ¿Y era guapo, verdad? ¿Y tierno, y tímido! Quizá se atrevía á hablar de ella. Seguramente, hablaba siempre. Y entonces decididamente le aborrecía, acabando por sentir que le pesaba mucho en el corazón.

Aquello no podía durar, y una tarde de Mayo, en un crepúsculo encantador y sonriente, estalló la catástrofe. Fué en casa de las Lemballeuse: un montón de mendigas que se albergaba en los escombros del molino viejo. No había más que mujeres; la tía Lemballeuse, una vieja arrugada; Tebanilla, la hija mayor, una salvaje allá como de veinticinco años, y sus dos hermanitas, Rosa y Juana, con los ojos llenos de atrevimiento al través de sus greñas rojas. Las cuatro pordioseaban por los caminos, á lo largo de las zanjas, volviendo por la noche, los pies rendidos de fatiga, con los zapatos atados con cuerdas. Precisamente aquel día la Tebanilla, que había perdido los suyos en las piedras, había vuelto herida, con los tobillos ensangrentados. Sentada delante de la puerta, en medio de la maleza del Cercado de Maria, se estaba arrancando las espinas, de la carne; á su lado la madre y las dos pequeñas exhalaban quejidos lastimeros.

Llegó Angélica en aquel momento con el pan que les llevaba todas las semanas, escondido bajo el delantal. Había entrado por la puertecita del jardín, que había dejado abierta para volver corriendo. Pero se detuvo á la vista de toda la familia llorandó.

—¿Qué es esto? ¿Qué tienen ustedes?

—¡Ay, mi buena señorita! gimoteó la tía Lemballeuse. Mire usted en que estado á vuelto esta bestia! Mafía.

na no podrá andar. ¡Día perdido! Necesitará zapatos.

Con ojos relucientes bajo sus melenas, Rosa y Juana redoblaron sus sollozos, gritando con voz aguda:

—¡Zapatos! ¡Zapatos!

Tebanillas levantó á medias su cabeza, delgada y negra. Después, fosca, sin hablar, continuó encarnizándose en sacar una larga espina con un alfiler.

Angélica, conmovida, dió su limosna.

—¡Aquí tiene usted el pan!

—Si, pan, contestó la mujer. Claro que hace falta pan; pero ésa no andaré con pan, á buen seguro. Y mañana es la feria en Bligny, una feria en que todos los años hace más de dos pesetas. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué nos va á pasar?

Turbada y enternecida, Angélica se quedó muda. Tenía un real en el bolsillo; con ésto se podrían comprar unos zapatos viejos. Siempre la cortaba la falta de dinero. Y precisamente lo que la acaba de poner fuera de sí fué ver, al volverse, á Feliciano de pie, á pocos pasos, en la sombra creciente. Debía haberlo oído todo: quizá estaba allí hacía mucho tiempo. Siempre se le presentaba así, sin saber nunca como ni por donde se le aparecía.

—Va á darme zapatos, penso.

Con efecto, se adelantó. En el cielo morado aparecían las primeras estrellas. Casi de lo alto, una gran quietud tibia adormecía el Cercado de María, cuyos sauces se llenaban de sombra. La Catedral no era más que una masa negra é imponente.

—Seguramente dará los zapatos.

Sintió una verdadera desesperación: lo daría todo; una vez más sería vencida. Su corazón latía como si fuese á estallar, y hubiese querido entonces ser más rica para hacerle ver que también sabía hacer felices á las gentes.

Pero las Lemballeuse habían visto al buen caballero; y mientras la madre se lanzaba hacia él, las dos pequeñas gimoteaban, tendiendo las manos, y la mayor, dejando sus tobillos ensangrentados, miraba con sus ojos oblicuos.

—Escuche usted, buena mujer, dijo Feliciano; irá usted á la calle Mayor, esquina á la calle Baja....

Angélica había comprendido: había allí una zapatería. Le interrumpió vivamente, y tan agitada estaba, que baluceaba al hablar:

—¡Es un viaje inútil! ¿Para qué? es mucho más sencillo.....

Y no daba con lo que era más sencillo. ¿Qué hacer? ¿Qué inventar para llegar antes que su limosna? Nunca había creído odiarle tanto como en aquel instante.

—Dirá usted que va de parte mía, repuso Feliciano. Pregunte usted.....

Nuevamente Angélica le interrumpió, repitiendo con ansiedad:

—Es mucho mas sencillo..... mucho más.....

De pronto, tranquilizada, sentóse en una piedra, desató sus zapatos, se los quitó, se quitó también las medias; todo con muchísima rapidez.

—Tome usted. Es más sencillo. ¿Para qué molestar-se?

—¡Ah, buena señorita, Dios se lo premie! grito la señora Lemballeuse examinando los zapatos, todavía buenos. Los sajaré por delante para que sirvan. Tebanilla, dá las gracias, grandísima tonta.

Tebanilla quitó de las manos de Rosa y Juana las medias que estas codiciaban. No desplegó los labios y lanzó una mirada negra, fija y larga.

Pero en el mismo instante Angélica advirtió que tenía los pies desnudos y que Feliciano lo veía: invadióla una honda confusión. No se atrevió á moverse por temor de que, al levantarse, los viera más. De pronto se asustó, perdió la cabeza y echo á correr. Se deslizaban sobre la